

AL "TITIBITERO."

Ha reaparecido en esta ciudad este periódico y en la Gacetilla de su primer número se ocupa de algunas de las especies vertidas en el artículo primero del número 25 de «La Religion y la Sociedad.» Lo que ha llamado la atención de nuestro colega ha sido lo que en el referido artículo dijimos respecto del pauperismo y de la porderada libertad de la Inglaterra, así como también el modo con que nos expresamos de la lengua inglesa.

Respecto de esto último solo anunciaremos que probablemente verán la luz pública unos estudios que estamos haciendo sobre la filosofía comparada de algunas lenguas antiguas y actuales americanas y europeas, figurando entre estas últimas la inglesa. En ellos procuraremos dar á cada una el lugar que le corresponde.

En cuanto al pauperismo inglés citamos los siguientes testimonios de escritores públicos que hablan de él como de un hecho notorio.

Ledru-Rollin se expresa de esta manera:

«Si se quiere conocer la poblacion de los docks y ser testigo al mismo tiempo de uno de los espectáculos mas extraordinarios de la Metropoli, es necesario ir á las siete y media de la mañana á la puerta del *London Docks*: entonces se reúnen masas de hombres de todas condiciones, quebrados de todos estados, carniceros, panaderos, taberneros, soldados ancianos, marineros, caballeros arruinados, clérigos despedidos, empleados del gobierno destituidos, indigentes, inválidos, domésticos sin colocacion, ladrones, en una palabra, todo hombre que tiene necesidad de un bocado de pan. Luego que viereis á esta multitud con su acostumbrada algazara precipitarse como un torrente, podeis estar ciertos de que los contra-maestres han llegado. Aquí comienza la confusion, los esfuerzos, la lucha para atraer las miradas de aquel cuya voz puede dar trabajo. ¿Cómo olvidar jamas el aspecto de esta multitud de seres hambrientos, lanzándose por obtener el trabajo de un dia, de una hora á un combate tanto mas encarnizado, cuanto que saben que centenares de entre ellos han de quedar sin trabajo, es decir, sin recurso de subsistencia, hasta la tarde, hasta el dia siguiente? ¡Cuántos durante semanas enteras van allá todas las mañanas á librar en vano la misma batalla, á lanzar inutilmente los mismos gritos! Y sin embargo es duro este trabajo que se disputan tantos desgraciados: Se divide principalmente en dos clases: el trabajo de la rueda y el del carro.»

En el trabajo de la rueda seis ú ocho hombres entran en un cilindro provisto en su parte interior de escalones, que hacen girar constantemente con los piés. La rueda tiene generalmente 16 piés de diámetro y 8 ó 9 de ancho. Los seis ú ocho hombres que la ponen en movimiento tienen que levantar un peso de 1600 ó 1700 y aun 2000 libras cuarenta veces en una hora y á la altura media de 27 piés. Los demas obreros descargan 800 ó 900 toneles de vino, conteniendo cada uno 500 libras y de una altura de 18 piés. En el trabajo del carro, cada hombre recorre por término medio 30 millas por dia, conduciendo en las dos terceras partes del tiempo un peso de 150 libras con la velocidad de 6 millas y media por hora.

La mayor partede los obreros de los docks solo ganan por semana el

mezquino salario de 6, 25 francos; y aun esta miserable retribucion es tan eventual como el trabajo mismo.

Si el salario fuera con regularidad de cinco *shillins* por semana, al cabo de un año el obrero sabria con exactitud con cuanto cuenta para subsistir, y se le podria exigir entónces una poca de prevision, pero cuando los medios de la subsistencia cambian con intermitencia para caer en *ceros*, es absurdo establecer reglas de economía y de sobriedad.

«La destemplanza extrema del obrero de los docks se debe, añade el autor de L'Enquête, no á la persona del obrero sino al carácter precario de su oficio: «Sus vicios son los vicios de la naturaleza humana. Noventa y nueve hombres por ciento, colocados en las mismas circunstancias cometerian las mismas monstruosas aberraciones. Si un ventarron se llevara el alimento de nuestras mujeres y de nuestros hijos, no seria remoto que muchos de nosotros despues de una semana ó de un mes de privaciones y de sufrimientos cayéramos en los mismos excesos. Fácilmente se moraliza despues de una buena comida, pero suframos durante un mes por lo menos el hambre y el frio, y aprenderemos á ser indulgentes con esas pobres gentes.»

No es pues extraño que la gran mayoría del pueblo de Londres pertenezca á una de estas dos clases: mendigos ó ladrones. Por lo demás, para conocer en toda su deformidad los crímenes y la miseria que infestan esta parte de la ciudad, nos es preciso seguir al autor de L'Enquête en una de sus excursiones.

«Fui conducido, dice el autor citado, por un guía experimentado á uno de los *lodging-houses* mas frecuentados de la ciudad. Era este una especie de pequeña granja de construccion bastante ordinaria. Las paredes no estaban blanqueadas y las tejas apenas cubrian el interior, de manera que la lluvia penetraba como al traves de un harnero. Al derredor del cuarto por su parte interior se hallaba colocada una mesa larga y súcia á la que estaban sentados veinte infelices literalmente cubiertos de harapos.

—He trabajado en los docks desde despues de medio dia, me dijo uno de ellos;—ayer, todo el dia, el lunes, medio dia,—y nunca mas de dos ó tres dias en la semana, durante las últimas nueve semanas.—El hombre que así hablaba era uno de los mas felices.

Pregunté á los demás lo que hacian cuando carecian completamente de trabajo, y su respuesta fué que en ese caso, se veian obligados á recorrer las calles y á morir de hambre.

—Hay algunos tan desgraciados entre nosotros, exclamó uno, que durante la noche no tienen mas albergue que la calle y esto apesar de que una cama es aquí de tan poco costo.

Pregunté además á los que decian que habian pasado la noche en las calles de qué manera se habian proporcionado el alimento necesario.

—Yo he estado dos dias sin comer, contestó uno.

—Y yo, dijo otro que se hallaba en un rincon de la pieza con la cabeza baja y la barba apoyada sobre el pecho, no he conseguido en tres dias ni una migaja de pan.

—Ah! el invierno es tiempo malísimo para nosotros, dijo suspirando un joven que tendría unos diez y siete años.

—Medio año falta para ajustar once años trabajando en los *docks*, añadió un joven de mayor edad que se hallaba pobremente vestido, no se gana mas de cinco chelines por semana. Sí, sí, todos nosotros estamos muy frecuentemente tres ó cuatro semanas aun en el invierno sin ganar nada!

—Debeis sin embargo ganar algo.

—Sí, ganamos una moneda de dos ó tres peniques en Billingsgate, sin esto careceríamos de habitacion y quedaríamos reducidos á andar y morir de hambre.

—Eso tendré que hacer esta noche, exclamó el hombre sentado en el rincón del cuarto con su barba apoyada sobre el pecho.

—Yo tambien;—Y yo tambien dijeron sucesivamente un segundo y un tercero.

—Yo he tenido que tomar hoy un alimento bastante malo, continuó diciendo el hombre sentado en la extremidad del cuarto.

—Es lo que tomamos ordinariamente, añadieron los demás.

Les pregunté despues cuanto habian ganado en el dia.

—Yo gané cuatro peniques, dijo uno;—yo un chelin y tres peniques, dijo otro;—yo lo necesario para proporcionarme un lugar donde poder dormir;—yo penique y medio;—yo un penique.

—Y yo ni aun medio penique, dijo el hombre colocado en la extremidad del cuarto;—yo lo mismo, replicó otro;—y aquel tampoco, continuó un tercero. Ah! si volvierais aquí mañana en la tarde, encontraríais que la mitad de nosotros no ha ganado un óbolo;—ah! sí, ciertamente, la mitad!

Hice que me dijeran si pasaban allí la noche ordinariamente.

—Conocemos muchos que han pasado aquí seis noches sin acostarse en una cama, me contestaron.

—En todo el invierno no he dormido en una cama, me dijo un joven imberbe, teniendo que acostarme en el espacio de tres meses en las piedras de Billingsgate. Hay quienes vivan pidiendo limosna, pero esto no me pertenece.

—Desée tener algunos pormenores sobre la clase de sus alimentos y pregunté á uno de ellos que era lo que hacia hervir, el cual me contestó que era un octavo de café, única vianda que formaba su cena.

—Hay cerca de aquí una tienda donde se vende todo por un octavo. Un octavo de café, de azucar, de pimienta, de tabaco, medio penique de pan; pero todas estas cosas compradas en un octavo nada valen absolutamente.

—Me informé despues del estado de sus vestidos.

—Yo tengo una camisa limpia que debo ponerme mañana y es la primera que he tenido en el espacio de ocho meses, dijo uno—Yo no tengo camisa dijo otro—Yo tampoco—y aquel no tiene ya añadió un tercero designando al hombre de que ya hemos hablado.

—Quise saber cuantos de ellos habian estado en la carcel.

—Yo he estado, dijo uno; y yo tambien, dijo otro;—y como las respuestas se sucedian con rapidez, supliqué á los que habian estado presos

que levantaran la mano;—ellos convinieron, y aparecieron levantadas diez y ocho manos entre veintinueve.

—Yo no sé cuantas veces he estado en la cárcel, seguramente mas de doce veces, me dijo un niño cubierto de harapos y de edad de trece años próximamente.

Les pregunté porque preferian el robo al trabajo.

—No preferimos al trabajo el repugnante oficio de las calles, os lo aseguramos, pero no podemos encontrar que hacer. Miradme—el hombre que así hablaba, era un conjunto de harapos y de inmundicia—Miradme: ¿quién querria darme el trabajo de un dia en el estado en que me encuentro? El mejor trabajo me produce tres peniques y yo no puedo hacer mas de dos chelines seis peniques en la semana trabajando honradamente.

Se creeria que no viviamos con lo que ganamos y no obstante esto vivimos con *terriblemente poco*. Una comida por cinco octavos: un octavo de café, un octavo de azucar, y tres octavos por una libra y media de pan. Por un penique podriamos tener una comida ordinaria. Frecuentemente nos contentamos con un penique de patatas y un arenque del valor de medio penique. Ved allí un muchacho que no habiendo conseguido mas que un medio penique de patatas, se verá obligado probablemente á pasar la noche recorriendo las calles y á morir de hambre.

Antes de irme quise ver las camas de dos peniques. Las ciento veinte que encontré ocupaban un espacio doble del de una caballeriza dispuesta para cuatro caballos. Recorrí todo el cuarto y ví varios hombres casi desnudos tendidos como cadáveres en un piso tan estrecho como una sepultura.

No hay que olvidar que este cuadro representa las miserias anexas á un oficio que ejercen en Lóndres cerca de treinta mil hombres. ¡Cuál será la suerte de las mujeres y de los hijos de estos desgraciados!»

Cesar Cantú habla así del pauperismo inglés:

«Si la Inglaterra con la fuerza de su aristocracia, con sus máquinas, con sus colonias, con la libertad, causa admiracion al mundo y espanto á las nacionalidades, en cambio lleva oculta en sus entrañas una llaga mortal. Los ministerios que se han sucedido desde la reforma parlamentaria no han podido ya desatender la situacion del vulgo; el cólera indujo á examinar las habitaciones de los pobres, mansiones horribles aun en las ciudades de primer orden; y las informaciones mandadas hacer desde el año de 1833 sobre el estado de la agricultura, de las artes, de la moralidad, serán clasificadas entre los documentos mas singulares de la historia. El número de personas sentenciadas por delitos en un tiempo dado se habia quintuplicado en Inglaterra y en el pais de Gales y sextuplicado en Irlanda y Escocia. El clero anglicano posee doscientos treinta y seis millones de francos; todo el territorio está en manos de quinientas á seiscientas familias; seiscientos doce pares reciben del Estado una renta de 96.598,000 francos; el duque de Cleveland desheredando á su hijo, no le dejó mas que dos millones de renta; el duque de Bedford abandonó una propiedad de valor de ciento ochenta millones; el duque de Northumberland disfruta una renta de 3.600,000 francos; el de Devonshire una de 2.880,000 francos; y el de Rutland una de 2.520,000.»

«El exceso de la riqueza indica por otra parte exceso de miseria. El terreno ofrece al país un alimento demasiado escaso, tanto que el número de los agricultores no llega ni á la mitad del de los operarios; y á mayor abundamiento las máquinas vienen á hacer inútiles los brazos, de suerte que en las fábricas en donde antes trabajaban cien personas, bastan ahora dos ó tres niños que con movimientos materiales ponen en acción una máquina inmensa.»

«¿Qué le queda pues que hacer al pueblo? Morirse de hambre como sucede todos los años hasta en el mismo Londres á los que no han impetrado la difícil limosna legal. La contribucion de pobres que en Inglaterra en 1748 no pasaba de 730,135 francos en 1817 subió á 9.320,440, y en 1827 á 7.803,465. Desde entonces se pensó no en disminuir las causas de la miseria, sino el número de los que debían recibir socorros públicos y se decretó que no se diesen estos sino á los que se dejaran encerrar en las casas de trabajo, separados de sus familias á guisa de forzados.»

«A tal estado ha reducido á Inglaterra la excesiva separacion de los elementos de la produccion, esto es, del capital y del trabajo. El aldeano que no ha mucho poseia un cerdo, una ternera, un huerto, ya no tiene nada de esto, y un solo arrendador tiene absorbido lo que pertenecía á treinta colonos. La plebe yace como empaquetada en miserables habitaciones, á diez y doce individuos por aposento: las cantinas, las cavernas donde los traperos guardan los deshechos que recogen por la ciudad, son el lecho envidiado de una multitud de personas de todo sexo y edad; otras no se alimentan sino de huesos descarnados, recogidos entre los desperdicios que se arrojan de los palacios, y solo logran prolongar la vida hasta que vienen á acabar con ella las fiebres perniciosas frecuentes en Londres á pesar del viento de Occidente que limpia la ciudad de cuando en cuando. ¿Quién no sabe los padecimientos que sufren los que sirven las máquinas y los que se ocupan en las minas de hierro y de carbon de piedra; verdaderos animales á quienes no queda de la noble naturaleza del hombre mas que la facultad de sentir el envilecimiento?»

«Dar que comer, esto es, que trabajar á tal pueblo son la gran dificultad y el grande arte de los ministros ingleses; y ¡ay de la sociedad el día en que no se encuentre salida para los productos siempre crecientes de las fábricas!»

Nos limitamos á estos testimonios. El pauperismo de Inglaterra ha sido un hecho notorio, así como tambien ha sido notoria la falta de sentimientos de humanidad de su aristocracia protestante y la tiranía de que han sido víctima sus clases pobres. Nos asegura el «Titiritero» que «la Inglaterra es el país mas libre del mundo incluso el de los Estados-Unidos.» Por nuestra parte creemos en que se ofende gravísimamente á la humanidad presentando como modelo de libertad á una nacion donde tanto sufren los desgraciados por la dureza de corazón, las injusticias y la incalificable tiranía de los poderosos, donde es tan monstruosa la desigualdad, donde las riquezas y los goces son el patrimonio de la aristocracia que tanto desprecia y oprime á millares de sus semejantes. En cuanto á la comparacion de la libertad inglesa con la norte-americana, no nos será fácil dar nuestro juicio sobre cual de las dos naciones se encuentre mas

légos de la verdadera libertad, en cual de ellas tengan los protestantes la primacia en cuanto á haber conculcado los sagrados derechos del hombre. ¿Qué son en la América los Estados-Unidos? Son el pueblo de *extrangeros* en el continente americano; que no ha querido mezclar su sangre con la del hijo de la América; que ni aun por gloriarse con mayor número de pobladores lo ha contado entre los suyos; que con collares de vidrio y otras frioleras semejantes se ha apoderado de terrenos que no pagarian los mas ricos soberanos de Europa; (1) que tambien á viva fuerza y contra toda justicia ha expelido de las tierras á sus dueños legítimos; que en lo que llamó la Independencia americana no hizo otra cosa sino independer á los extrangeros invasores de la América de los extrangeros que quedaban al otro lado del Atlántico; que ha consumado casi totalmente la destruccion de los pobladores americanos, probando con los hechos que si el Nuevo Mundo hubiera tenido la desgracia de caer en el poder de esta clase de liberales protestantes, todos sus hijos habrían sido exterminados y no se verían en toda su extension sino pueblos de extrangeros. Si estas tiranías y las de la bárbara esclavitud de que llegaron á ser víctimas en esa nacion hasta cuatro millones de criaturas racionales, y el filibusterismo, y el despojo de mas de la mitad de nuestras tierras etc.; si todo esto es mas ó menos que las tiranías que han ejercido los protestantes ingleses dentro y fuera de su territorio, no lo resolvemos.

Confiesa el «Titiritero» la miseria de Irlanda, aunque reduciéndola á *algunos*, pero hace notar que estos irlandeses miserables son católicos, por lo cual cree que nuestro argumento es contra *producentem*. A esto contestamos que el argumento que nosotros hacemos contra el protestantismo no lo tomamos de los que sufren, sino de los que hacen sufrir; no de las víctimas, sino de sus opresores. ¿Y quiénes otros sino los protestantes han tiranizado por mas de tres siglos á la Irlanda católica?

PRESB. AGUSTIN DE LA ROSA.

LA CATASTROFE COMERCIAL EN LOS ESTADOS UNIDOS.

Como han sido tan grandes las ilusiones de muchos mexicanos por la civilizacion norte-americana: como muchos dejándose deslumbrar por las brillantes apariencias de ese pueblo materializado, no han creído que nuestra patria llegará jamás á gozar de felicidad mientras no asemeje en todo y por todo á su vecino protestante, consideramos oportuno poner á nuestros lectores al tanto de las muestras que se observan en esa sociedad del mal que la invade, y que sino se cura oportunamente como muy deveras lo deseamos, por los progresos de la verdadera Religion y por la fiel observancia de su moral, la llevará sin remedio á dias aciagos. Los últimos acontecimientos comerciales no son una simple desgracia: en parte [ó no sabemos si en su totalidad] tienen su origen en la falta de moralidad.

Copiamos á continuacion una carta escrita de Nueva York al «Siglo XIX»

(1) Tocqueville. Democracia en la América, tom. 2 cap. 10.

y que este periódico publica en su número del 14 de Octubre: en ella se refieren los sucesos y además se hacen apreciaciones sobre el mal estar de la nación vecina, las cuales dejamos al recto juicio de nuestros lectores:

«Nueva-York, Setiembre 27 de 1873.—Señor editor del *Siglo XIX*.—Esta gran plaza mercantil, centro de operaciones cuantiosísimas y emporio de riqueza y prosperidad, ha pasado en los últimos diez días y está pasando aún por una prueba tan dura, que solo al favor de los grandes elementos de vida y de progreso en que abundan los Estados-Unidos, logrará transitoria salvación. El cataclismo se presentó con caracteres aterradores, el pánico se revela todavía en todas las miradas, y la confianza no solo no se ha restablecido aún, sino que seguramente pasará bastante tiempo para que se restablezca, si es que esto vuelve á suceder algún día.

Estoy muy lejos de presumir de hombre de grandes alcances y mucho menos de adivino, pero permítame vd. que le recuerde, para satisfacción de mi escasa vanidad, que con mucha anticipación he pronosticado á vd. los quebrantos por que empieza á pasar este país. A principios del año actual yo decía á vd. que una sombra negra se dibujaba en el horizonte de los Estados-Unidos y que todo me hacia temer una próxima catástrofe. En efecto, muchas veces he exclamado en mi interior: «los dioses se van,» y á pesar de la riqueza y prosperidad que por todas partes me rodea, le indicaba en mi penúltima carta la conveniencia de que México se apercibiese de la situación, para que se preparase á sustituir á los Estados-Unidos en la dirección del desarrollo político, económico é industrial del continente americano. Parecíame cuando hablaba á vd. así, y me parece ahora mismo, que los progresos humanos no pueden perderse para la sociedad, y está demostrado en cada una de las páginas de la historia que esos progresos huyen al fin de los centros artificiales que los conquistaron para asentarse y consolidarse allí donde las duras pruebas y la experiencia de los sacrificios les garantizan una sólida estabilidad.

Ya el telégrafo habrá anunciado á México la crisis comercial que comenzó en Nueva-York el jueves 16 del que cursa. La línea telegráfica de Matamoros comunica tales disparates, mentiras y ridiculeces, que leyendo yo los partes en los periódicos de esa ciudad, sin comprenderlos, me he preguntado lleno de amargura y de despecho: ¿es posible que los esfuerzos de México no produzcan mas que estos resultados? Sin embargo, considero que tratándose de la crisis en cuestión, algo se habrá dicho que revele la gravedad que ella encierra. En efecto, aunque para nadie era un secreto la situación peligrosa de las transacciones comerciales, todos descansaban en la prosperidad del país y en la buena fé que por punto general está sirviendo de fundamento á esas mismas transacciones. Además, firmas respetabilísimas hacían frente á las empresas que mas peligro ofrecían, y esto naturalmente las garantizaba. Así marchaban las cosas, cuando de repente se anunció la quiebra de los Sres. Jay Cooke & Co., que hasta entonces ocupaban un lugar de los mas prominentes en Wall Street. Estos señores prestaron mano fuerte al gobierno en la guerra del Sur y lograron salvarlo: después han negociado con grande éxito en todo género de empresas, y últimamente prestaban su crédito y representación á las acciones del ferrocarril North Pacific. Su quiebra, pues, equivalía á la depreciación completa de ese papel, que circula en grande escala y que en el acto mismo sufrió una baja estrepitosa. El pánico se hizo general en la Bolsa: todos los títulos de crédito, con excepción de los nacionales, perdieron su importancia, y la consecuencia inmediata fué, como era natural, que cuantas instituciones bancarias carecían de sólido fundamento, siguieron la suerte de Jay Cooke & Co. En un momento se extendió el pánico

por toda la ciudad, y los acreedores de los bancos, cajas de ahorros etc., se precipitaron á reclamar sus haberes ó sus depósitos. El pago se hizo hasta donde fué posible, pero la extracción de sumas enormes del movimiento diario dió por resultado la crisis monetaria. Entre tanto, no eran posibles las transacciones de la Bolsa, porque ningun papel tenia precio, y la necesidad de recursos habria conducido á sacrificios que equivalieran á una quiebra general é inevitable. La comisión directiva de la Bolsa acordó pues, cerrarla; y entre tanto, los que tenían títulos de crédito, quebraban por falta de numerario, una vez que les faltaba mercado para reducir sus títulos á dinero.

La situación era espantosa el sábado último: el asombro brotaba en todos los semblantes; nadie podia contar con nada y la cuestión ya no era de salvarse, sino de saber cuál seria el momento de su pérdida. Innumerables trabajadores, fabricantes y hasta señoras corrian de un lugar á otro viendo, inquiriendo, ó se apostaban desde el amanecer en la puerta de los Bancos, disputándose con terror el puesto en que mas probabilidades de entrar habia. Wall Street y las calles inmediatas presentaban un espectáculo extraordinario: un gentío inmenso las llenaba, y hasta los escalones que conducen á la entrada de la subtesorería de New-York estaban cubiertos de seres humanos. Cualquiera habria podido creer que allí se acababa de dar una gran batalla.

Entre tanto llovian los telegramas al presidente Grant pidiéndole que salvase la situación; y tan apremiantes eran las súplicas, que aquel alto magistrado resolvió venir á esta ciudad acompañado del ministro de hacienda, con el objeto de conferenciar con los principales comerciantes y resolver lo que fuera posible dentro de la ley. En las conferencias se le pidió que emitiese parte ó el todo de los 44 millones en papel que aun faltan para llenar la autorización de la ley, pero el secretario de hacienda se opuso á ello, fundándose en que tal medida está fuera de las prevenciones de dicha autorización. Después de largos debates, después de un día entero, que era domingo y no lo parecia, especialmente para los que se acercaban al hotel de la Quinta Avenida, donde estaba alojado el presidente, se acordó que el gobierno compraria diez millones de sus propios bonos conocidos con el nombre de *cinco veintes*. Esta medida se habia dictado en la semana anterior, sin efecto alguno, porque los tenedores de esos bonos, que tenían asegurado su interés en oro, no querían venderlos; pero las necesidades eran tan apremiantes el lunes, que á las dos de la tarde ya se habia hecho una venta de seis millones y el jueves subía á unos doce, cuando el gobierno dispuso que se suspendiese la compra.

Con la ayuda de esa cantidad principió á desahogarse la presión monetaria, pero el pánico no desaparecía, y como la Bolsa ha permanecido cerrada, los que contaban con solo acciones ú otros títulos de crédito para satisfacer sus compromisos, seguían quebrando, ó lo que viene á ser lo mismo, suspendiendo sus pagos.

Entre tanto, se extendía el pánico al interior, y en Washington, en Filadelfia, en Baltimore, en Chicago, en Albany y donde quiera quebraban también cuantas instituciones bancarias carecían de sólido fundamento. Ayer todavía se anunciaron varias quiebras en el interior; y aunque aquí en New-York parece que se restablece la calma y las operaciones sobre oro tuvieron bastante animación, reina un espíritu de desconfianza que nada puede atenuar. Prueba de ello es que la Bolsa permanezca cerrada: se teme que la presión de las circunstancias, mal contenida por la fuerza de las circunstancias, estalle en la Bolsa, y deje en descubierto la verdadera situación de los negocios, sobreviniendo á renglon seguido el espantoso cataclismo que hasta ahora se ha logrado evitar, merced á las conveniencias de interés mutuo.